

LECCION LIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Dedicacion. — Significacion, razon. — Division de las ceremonias antes de la abertura de la iglesia; — Despues. — Razones que nos instan á ir á la iglesia.

I. Fiesta de la Dedicacion. — Si la Religion, como hemos demostrado, tiene razon para bendecir las cosas mas insignificantes que sirven para su culto, ¿ cómo podia dejar de consagrar los lugares destinados á la ofrenda de su sacrificio y al cumplimiento de sus augustos misterios? Así pues, vemos que la consagracion de los templos se practicaba bajo la antigua Ley. Se sabe con cuánta magnificencia y con qué pompa régia hizo Salomon la dedicacion del primer templo erigido en el universo á la gloria del Altísimo. Y aquel templo no debía encerrar mas que vanas sombras: las tablas de la ley, el maná del desierto, y la vara milagrosa de Aaron; en el átrio de su templo solo habia de arrodillarse un pueblo carnal; en sus altares de bronce no debía verterse mas que la sangre de los animales, y sus bóvedas de oro y de cedro solo habian de resonar con los acentos de los Profetas.

En el templo católico habita el Dios que dictó la ley; allí descansa el pan vivo bajado del cielo; un pueblo de adoradores en espíritu y en verdad llena el recinto sagrado, el altar está teñido con la sangre redentora del universo, y los ecos resuenan con la voz del Soberano de los Profetas. ¿ Y creéis que la Iglesia católica no debía consagrar sus templos con ceremonias cuya santidad correspondiese á la santidad misma del edificio? ¡ Oh! no, imposible.

Pues bien, apenas esta divina Esposa del Hombre-Dios sale de las Catacumbas, donde durante tres siglos oculta sus augustos misterios, cuando se apresura á edificar y consagrar templos al Dios vencedor de los Césares. « La persecucion de los Emperadores anteriores, » dice Eusebio, habia derrocado todas nuestras iglesias; pero bajo « Constantino reparamos esta pérdida con ventaja. Desplegaronse en » esta ocasion todo el poder y todas las riquezas del nuevo Empe- » rador, y no se veia en todas las ciudades del Imperio mas que » templos soberbios que se alzaban y que los Obispos dedicaban á la » gloria de Jesucristo⁴. »

⁴ Eusebio, lib. X, c. 3.

Pero ¿ cuál creéis que era el motivo de la alegría que causaba á la Iglesia la solemnidad de las dedicaciones? ¿ Eran aquellos templos materiales que se ofrecian á su divino Esposo? No. Lo que la hacia estremecer de ventura era la union, la concordia y la caridad que, uniendo á todos los hombres, como unian entonces á nuestros padres en la fe, convierten en templo vivo y eterno estos templos materiales y perecederos. Los templos visibles, nos dice la Esposa de Jesucristo, no son mas que una imágen; el templo real es la reunion de los Emperadores, Obispos, pueblos, provincias y reinos; de todos los Cristianos entre sí, ofreciéndose todos juntos al Señor con la víctima divina é inmortal, que es mi divino Esposo. Á fin de sensibilizar esta verdad, un gran número de mis Obispos se reunen para la dedicacion de los templos materiales, con objeto de figurar mi templo espiritual y representar lo que se hace en el templo celestial, es decir, para cantar y alabar á Dios, para sacrificar y hacer admirar lo que tengo de mas augusto en mis ceremonias.

Examinad detalladamente esas oraciones sublimes y esa pompa imponente, y decid si la Iglesia de la tierra podria representar mejor el templo del cielo, ese templo verdadero cuyas piedras vivas han de ser los Ángeles y los hombres; si podria enseñar mejor á sus hijos que no deben formar en Jesucristo mas que un cuerpo, un alma, un corazon, un templo, un altar, una hostia viva é inmortal por medio de la caridad. ¿ Y conoceis una virtud mas social, mas indispensable que la caridad y el espíritu de sacrificio? Si no la conoceis, conceded, pues, también que nuestras ceremonias, de que se burla la ligereza, son admirablemente propias para predicarla al mundo.

En efecto, hé aquí el magnífico lenguaje que la Iglesia os dirige en la dedicacion de sus templos: « Habiéndose unido hipostática- » mente el Verbo eterno al cuerpo del hombre, que es una porcion » de la tierra, se comprometió en cierto modo á consagrar todo el » resto de la tierra y á hacer de él un templo tan extenso como el mun- » do, y tan duradero como los siglos. El Verbo solo ha podido hacer » esta obra maestra, y no lo ha hecho mas que encarnándose y edi- » ficándose un templo en la tierra, y trocando á toda la tierra en este » mismo templo. Con esta idea empleo tantas ceremonias y tanta mag- » nificencia en la dedicacion de mis templos, que no son mas que la » imágen de este templo divino y milagroso⁴. »

II. Explicacion de las ceremonias. — Dóciles á la voz de la Iglesia, estudiemos con espíritu de fe y de piedad la consagracion de nuestros santuarios. Esta ceremonia, una de las mas imponentes del culto católico, puede dividirse en dos partes. La primera, desde el princi-

⁴ Eusebio, lib. X, c. 4.

pio de la accion hasta la abertura de la iglesia, y la segunda, desde esta abertura hasta el fin. La primera nos dice que estamos desterrados en la tierra, y que debemos emplear todos nuestros esfuerzos para llegar á la patria celestial; la segunda nos presenta una figura, un goce anticipado de los regocijos y alegrías de la gloriosa Jerusalem. Así pues, el conjunto de la ceremonia es un verdadero poema épico que refiere á la fe y á los sentidos toda la vida del género humano en el tiempo y en la eternidad.

Primera parte. Hasta la abertura de la iglesia.

Digamos en primer lugar que el poder de consagrar las iglesias pertenece exclusivamente al Obispo, el cual se prepara á ejercerlo por medio del ayuno, y la razon de esto es que representa al Pontífice eterno, que es el único que ha podido abrirnos el cielo por medio del ayuno y del padecimiento. Las reliquias de los Santos, que deben colocarse en el altar mayor del nuevo templo, se encierran en un vaso fuertemente sellado y se depositan entre luces sobre una mesa adornada con cuidado fuera de la iglesia. Hé aquí el hombre desterrado del cielo. El Obispo, revestido con capa pluvial blanca, y acompañado de su clero, va al lado de las reliquias á implorar la misericordia de Dios y solicitar su gracia, y recita con este objeto los siete salmos de la penitencia, verdadero suspiro del arrepentimiento y de la esperanza. Cuando se han terminado, van todos en procesion á la puerta de la iglesia que está cerrada, y no hay nadie en lo interior á excepcion del diácono, revestido del amito, del alba, del cingulo y de la estola blanca. El diácono es la figura del apóstol san Pedro, á quien se han entregado las llaves del cielo.

Conmovido el Obispo con la grandeza de la empresa, exclama: « Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, sed en medio de nosotros. » Al momento Pontífice, clero y fieles se postran de rodillas para implorar la asistencia de sus hermanos bienaventurados que triunfan en el cielo, y los llaman sucesivamente por sus nombres recitando las Letanías de los Santos. Confiando en su auxilio, el consagrador procede á la abertura de este cielo simbólico. Bendice la sal y el agua con las oraciones, los exorcismos y las señales de la cruz ordinarias. Hemos explicado en otra parte la eficacia y las significaciones del agua bendita, de la sal y de los exorcismos. La potestad de las tinieblas que habia profanado el mundo y cerrado el cielo va á ser arrojada y desposeida; el Obispo hace una aspersion, con el agua que acaba de bendecir, sobre sí mismo, sobre el clero y sobre el pueblo para que sus oraciones sean mas fervientes y mas gratas á Dios; parte en seguida, precedido de dos acólitos, y da vuelta á la iglesia esparciendo agua bendita por las paredes exteriores, y repite continuamente estas palabras: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Durante esta ceremonia el coro canta esta antifona: « La casa del

» Señor se ha fundado sobre la cima del monte, y se ha elevado sobre todas las colinas; todas las naciones vendrán á ella, y dirán: Gloria á Vos, Señor; vendrán con alegría, llevando gavillas en sus manos, y dirán: Gloria á Vos, Señor. »

El Obispo vuelve á la puerta de la iglesia, recita una oracion en la que suplica al Señor que tome aquel templo bajo su proteccion y lo convierta en casa de santidad y oraciones, y despues llama una vez á la puerta con el báculo pastoral, diciendo: « Abrid vuestras puertas principales; levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. » El diácono, que está dentro de la iglesia, pregunta: « ¿Quién es ese Rey de gloria? » El Obispo responde: « Es el Dios fuerte y poderoso, es el Dios de los ejércitos. »

El diácono no abre la puerta. Entonces el Obispo hisopea segunda vez las paredes exteriores de la iglesia, en tanto que el coro canta esta antifona: « Señor, bendecid este templo que habeis erigido á la gloria de vuestro nombre. Desde lo alto de vuestro trono escuchad las súplicas de los que vendrán á él á adoraros. Señor, si vuestro pueblo se convierte, si hace penitencia y viene á suplicaros en este sitio, escuchad sus votos desde vuestro supremo trono. »

Despues de dar segunda vez vuelta en rededor de la iglesia, el Obispo recita una oracion para pedir á Dios que todos los que se reunan en aquella iglesia gocen de las dulzuras de la paz y de la union. Llama segunda vez á la puerta con el báculo, diciendo: « Abrid vuestras puertas principales; levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. » El diácono vuelve á preguntar: « ¿Quién es ese Rey de gloria? » El Obispo responde: « Es el Dios fuerte y poderoso, el Dios de los ejércitos. »

No se abre aun la puerta de la iglesia, para recordar que Nuestro Señor Jesucristo encontró resistencia al derrocar al demonio y destruir el imperio que ejercia mucho tiempo hacia en la tierra.

El Obispo da por tercera vez vuelta á la iglesia arrojando, *en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, agua bendita en las paredes exteriores. Entre tanto el coro canta esta nueva antifona: « Señor del universo, Vos que todó lo teneis en abundancia, y que habeis querido que vuestro templo se alzase entre nosotros, Señor, preservad para siempre á vuestra casa de toda mancha. La habeis elegido, Dios mio, para que en ella se invoque vuestro nombre, y para que sea un lugar de súplicas y oraciones; conservadla siempre sin mancha. »

El Obispo vuelve al atrio, pide á Dios en una oracion que bendiga y santifique lo que él va á bendecir y santificar, que los demonios salgan de aquel templo, y que entren los Ángeles de paz para no abandonarlo jamás.

Entonces llama tercera vez á la puerta de la iglesia pronunciando

las mismas palabras : *Abrid vuestras puertas*, etc., y el diácono, despues de su respuesta, abre la iglesia. En este triple viaje hallaréis el recuerdo de la santísima Trinidad y la triple jerarquía de los elegidos : la virginidad, la continencia y el matrimonio; y en las tres veces que se llama á la puerta, el triple poder de Jesucristo en el mundo : la creacion, la redencion y la glorificacion; las penas y trabajos que le ha costado la conquista de su herencia y de la nuestra. El Obispo hace la señal de la cruz en el umbral de la puerta con su báculo antes de entrar en la iglesia, para demostrar que solo con su muerte cerró Jesucristo el infierno y abrió el cielo, y dice al practicar esta ceremonia : « Hé aquí la señal de la cruz; desvanézcanse todos los » vanos fantasmas. »

El clero sigue al Obispo á la iglesia, y los fieles se quedan fuera. Si el pueblo entrase en tropel, la ceremonia no podria celebrarse ya con decencia : tal es sin duda la razon exterior por la cual no son introducidos los asistentes; pero existe otra llena de misterios. La iglesia representa al cielo; cuando Jesucristo entró en él despues de su resurreccion, solo le seguian los justos que habia sacado del limbo, pero cuando haya consumado, al fin de los siglos, la dedicacion de la eterna Jerusalem, entrará lleno de gloria al frente de todos los elegidos. « Paz en esta casa, » dice el Obispo al poner el pié en la iglesia, y el clero canta una antifona en que pide á Dios esta paz tan necesaria á la dicha y á la salvacion del hombre. Terminada la antifona, todos se postran de rodillas en medio de la iglesia, y el Obispo entona el himno *Veni, Creator*, para pedir su auxilio y sus luces al Espiritu Santo.

Se recitan otra vez las Letanias de los Santos para implorar su asistencia, y son seguidas del *Benedictus*. Durante este cántico, el Obispo forma con su báculo sobre dos regueros de ceniza, que se han hecho en figura de cruz de san Andrés (X) de un extremo á otro de la iglesia, las letras del alfabeto griego y latino⁴. Sobre el uno están las letras griegas y sobre el otro las letras latinas, escritas de tal modo que la primera y la última letra de cada alfabeto se hallan colocadas en los cuatro extremos de la iglesia.

La reunion del Griego y del Bárbaro en el seno de la Iglesia, el poder de la cruz y la victoria de los Apóstoles, son las cosas que representa esta enérgica ceremonia, á la cual sigue otra no menos solemne é instructiva. El Pontífice va á bendecir los altares y las paredes interiores de la iglesia; no se servirá del agua que ha empleado para santificar la parte exterior del templo, sino que bendice allí otra en la cual mezcla sal, ceniza y vino. Jesucristo es quien nos ha abierto el

⁴ No se emplean los caracteres hebreos, para indicar la perfidia de los Judios, aunque el hebreo sea una de las tres lenguas sagradas.

cielo y da la santidad á nuestras iglesias, donde se digna hacer su morada. El agua, la sal, la ceniza y el vino, símbolo de su divinidad y de su humanidad, de sus ignominias y de su gloria, de su muerte y de su resurreccion, recuerdan esta doble verdad.

Despues de una magnífica oracion, en la cual el Obispo enumera todas las cualidades del agua que acaba de bendecir, y los maravillosos efectos que de ella espera, se acerca al altar, si debe consagrarle, y mientras cantan el salmo *Judica me*, etc., *Juzgadme*, etc., toma agua bendita y forma con ella cinco cruces sobre la mesa del altar, una en medio y las otras en los cuatro extremos, diciendo : « Santificado sea este altar en honra del Dios todopoderoso, de la gloriosa Virgen Maria y de todos los bienaventurados, bajo el nombre » y la memoria de san N., en nombre del Padre, y del Hijo, y del » Espiritu Santo. »

Entonces da vuelta al altar siete veces y lo rocia con agua bendita recitando el salmo *Miserere mei, Deus*, etc. *Ó Dios, tened compasion de mí*, etc. El Señor no escuchó los votos de Israel ni derrocó las murallas de Jericó hasta la séptima vuelta en derredor de esta ciudad. El Obispo desea que Dios oiga su oracion y colme sus deseos esparciendo sus bendiciones sobre el ara en que ha de ofrecerse la adorable víctima. En seguida, segun el espíritu de la Iglesia, el altar representa á Nuestro Señor. Todas las ceremonias y oraciones de la consagracion tienden á identificar, en cuanto es posible, el altar material y el altar espiritual : las siete vueltas refieren las siete grandes virtudes de Nuestro Señor, y los siete viajes de este divino Pastor en busca de las ovejas, así como las cinco cruces grabadas sobre el altar, con las tres unciones de óleo é incienso, representan sus cinco llagas, la gracia que de ellas se desprende y las tres virtudes fundamentales del Cristianismo, la fe, la esperanza y la caridad. La incensacion que termina, es el emblema de la oracion.

El Obispo rocia tres veces con la misma agua bendita las paredes interiores de la Iglesia, primeramente la parte inferior, despues el medio y finalmente la parte superior empezando por el lado oriental; y volviendo al altar, bendice el pavimento. Esta ceremonia nos dice que á la purificacion exterior debe añadirse la pureza interior del alma, que no hay nada mancillado en el cielo, y finalmente, que Nuestro Señor, que salió de Oriente, ha santificado el mundo entero. El clero canta en tanto varios salmos que recuerdan la celestial Jerusalem y los bienes que el Señor reserva á sus elegidos.

El Obispo recita despues de esta ceremonia varias oraciones interesantes, pero especialmente un prefacio que perderia su mérito traduciéndolo, y en el cual expone todos los favores, gracias y beneficios que suplica al Señor conceda á los fieles que irán á adorarle en aquel templo. Terminada esta oracion, hace con la última agua bendita,

con cal y arena una argamasa que bendice y empleará pronto para sellar las reliquias de los Santos en el altar.

Segunda parte. Desde la abertura de la iglesia hasta el fin de la ceremonia. Ha llegado el momento de introducir en la iglesia estos preciosos restos, que van á buscar en procesion y cantando en su honor salmos y antifonas. Llévanlos en hombros sacerdotes que dan con el Obispo la vuelta á la iglesia exteriormente, y durante esta marcha triunfal los fieles repiten con entusiasmo estas palabras : *Kyrie, eleison : Señor, tened piedad de nosotros.*



El Obispo dirige entonces á los fieles una piadosa exhortacion sobre la dedicacion ó consagracion de las iglesias, y manda leer al arce-diano un decreto del concilio de Trento que se refiere á ella ; despues suplica al Señor que tome posesion de su templo, y marca la puerta con tres señales de la cruz hechas con santo óleo. La procesion entra en la iglesia, los fieles siguen al clero, y todos juntos andan detrás de las reliquias que van á depositarse en el túmulo del altar. Es imposible á mi parecer ser testigo de este espectáculo sin recibir una vivísima impresion ; pues os transporta al último de los dias, en el que se pronunciará el juicio supremo, y la sociedad de los elegidos se elevará hácia el cielo siguiendo las huellas de su divino jefe. La emocion es tanto mas profunda, en cuanto se cantan antifonas y salmos en que respira el gozo y se pinta la inmortal felicidad de los bienaventurados. El Obispo recita una oracion, despues de la cual consagra con óleo santo el túmulo, donde deposita en seguida las santas reliquias con tres granos de incienso.

Esta ceremonia recuerda que en la primitiva Iglesia se celebraba el augusto sacrificio sobre el sepulcro de los Mártires, preciosa costumbre cuyo recuerdo se conserva colocando reliquias en el altar, y que se estableció sin duda segun la vision del apóstol san Juan en el Apocalipsis : « Vi debajo del altar las almas de los que habian sido » muertos por la palabra de Dios, y por el testimonio que tenian. Y » clamaban en voz alta, diciendo : ¿Hasta cuándo, Señor (santo y » verdadero), no juzgas, y no vengas nuestra sangre de los que mo- » ran sobre la tierra ? » Los tres granos de incienso indican el respeto hácia las santas reliquias, y la disposicion en que estamos de rodearlas continuamente con el perfume de nuestras oraciones. El Obispo consagra en seguida el ara que ha de cerrar el sepulcro de las santas reliquias, la asegura sobre el sepulcro con la argamasa que ha hecho y bendice ; despues, ungiéndola otra vez con el santo óleo, dice : « Sea este altar sellado y santificado en nombre del Padre, y del Hijo, » y del Espíritu Santo, y la paz lo rodee siempre. » Despues de esto incienso el altar por todos lados en forma de cruz y recita esta her-

⁴ Apoc. vi, 9, 10.

mosa oracion : « Os suplicamos, Señor, que dirijais nuestra oracion co- » mo un incienso que os es grato, y el pueblo fiel reportará abundan- » tes favores ; que todos los que vengan al pié de este altar á ofrecer » ó participar del sacrificio alcancen auxilios para la vida presente, el » perdon de suspecados y la gracia de la redencion eterna. » Hay gra- » bada una cruz sobre la piedra que encierra las reliquias, y no podeis » verla sin acordaros de estas inmortales palabras del Salvador : *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,* etc.

Un sacerdote, que ha recibido el incensario de la mano del Obispo, no cesa ya hasta el fin de la consagracion del altar de esparcir en torno su perfume. La Iglesia ha establecido esta ceremonia para enseñarnos que no debemos cansarnos durante toda nuestra vida de rogar y de edificar á nuestros hermanos con nuestras virtudes. El coro entona salmos, y, mientras los canta, la Iglesia consagra con el óleo de los catecúmenos la mesa del altar. Las unciones, las señales de la cruz, la incensacion y diferentes oraciones cooperan á esta imponente ceremonia. Finalmente, al esparcir sobre el altar el óleo santo y el de los catecúmenos, lo frota con la mano derecha, é invita al pueblo á que pida al Señor que se digne consagrar desde el cielo y bendecir aquel altar sobre el cual acaba de derramar el óleo santo, y recibir con bondad los votos y oblaciones que irán á presentar en él los fieles.

Entre tanto se han impreso doce cruces sobre doce columnas de la iglesia. Este número recuerda los Apóstoles que Jesucristo vino á establecer como columnas y cimientos de la verdad. Desde el principio de la ceremonia, brillan velas encendidas delante de estas cruces para advertirnos que Nuestro Señor es la luz del mundo. Las columnas que las llevan han sido bendecidas, pero aun no están consagradas. El Obispo se acerca, y haciendo con el óleo santo una uncion sobre cada una de las cruces, dice : « Sea este templo santificado  y consa- » grado  en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en » honra de Dios, de la gloriosa Virgen María y de todos los bienaven- » turados, bajo el nombre y la memoria de san N. » Incienso tres ve- » ces en cada cruz, y va al pié del altar á dirigir á Dios una ferviente oracion acompañada de bendicion. Cuando un monarca se apodera de una ciudadela, clava en ella su bandera, y mientras ondea en las torres, anuncia la victoria del conquistador. ¿Entendeis ahora la existencia de las cruces grabadas en las paredes del templo ? Pero tal vez ignorais el misterio de la uncion santa que las acompaña ; ella os recuerda la gracia interior que suaviza la cruz del cristiano, y la trocará un dia en corona de perlas y diamantes.

El consagrador vuelve al altar donde le presentan veinte y cinco granos de incienso para bendecir ; forma con ellos cinco cruces, una en medio del altar, y las otras en los cuatro extremos, poniendo tambien incienso en cada una de las velas, formadas igualmente en cruz

y que deben arder en los cuatro extremos. Estos granos de incienso y estas velas son el símbolo de las virtudes que deben embellecer y consumir el corazón de los Cristianos. Si alguna vez llegais á presenciar tan misteriosa ceremonia, participaréis del espíritu de la Iglesia, diciendo á Dios: *Si; os ofrezco mi corazón; haced que la fe, la esperanza, la caridad y la devoción lo consuman como el fuego á la cera, y que el buen olor de mis virtudes edifique la tierra y se eleve hasta el cielo.*

Mientras arden en el altar las velas y los granos de incienso, el Obispo y el clero, arrodillados, cantan la siguiente antifona que expresa perfectamente el espíritu de esta ceremonia: « *Loado sea Dios: »* venid, Espíritu Santo, llenad los corazones de vuestros fieles, y abra-
» sadlos con el fuego de vuestro amor. »

Uno de los presbíteros asistentes recoge en tanto con respeto la ceniza del incienso y de las velas para arrojarla en la piscina, mientras el Obispo recita una oración y un prefacio para pedir á Dios que confirme en el cielo lo que acaba de verificar en la tierra, y que tenga siempre por grato el sacrificio que se ofrecerá en aquel templo y altar. Finalmente, para completar esta solemne consagración, el Obispo hace con el santo óleo una cruz en medio de la parte anterior del altar y en las junturas de los cuatro ángulos que sostienen la mesa, acompañando esta unción dos oraciones que parecen resumir todas las oraciones empleadas durante la augusta ceremonia.

Revisten entonces el altar con sus ornamentos que el Obispo bendice, si ya no lo ha hecho, y encienden las velas que lo adornan y las que se han colocado en el santuario y en toda la iglesia. Hasta entonces solo estaban encendidas las velas puestas delante de las cruces hechas sobre las columnas y las de los acólitos. Aquella casa no es ya morada de tinieblas, sino de luz, y aquellas velas enseñan á los que allí vayan á orar *que no son hijos de la noche ni de las tinieblas, y por consiguiente no deben morir como los otros, sino antes velar y vivir con templanza* ⁴. La augusta ceremonia termina con el santo sacrificio de la misa, y el Obispo pronuncia en el nuevo altar las palabras misteriosas de la consagración, que abren el cielo y hacen que descienda á aquel templo el Dios que allí va á morar.

Los fieles deben asistir á la consagración de una iglesia con la mas sincera devoción, y si desean sacar de ella frutos abundantes, penetren en el espíritu de estas interesantes oraciones y acciones maravillosas, apropiadas á su posición y á sus necesidades. Según hemos dicho, la primera parte de esta ceremonia les recordará que están desterrados en la tierra, y que han de hacer todos sus esfuerzos para llegar á la patria celestial; y la segunda, que lo que pasa en su pre-

⁴ 1 Thes. v, 5, 6.

sencia en el templo, será para ellos una figura y un goce anticipado de las alegrías y de la felicidad de la ciudad bienaventurada que gozarán en el cielo ⁴. Cada oración y cada acción del Pontífice consagrador será para ellos una lección de santidad. En efecto, las iglesias solo se consagran, dice san Bernardo, á causa de nuestros cuerpos; nuestros cuerpos á causa de nuestras almas, y nuestras almas á causa de Dios. Nuestros cuerpos son, por consiguiente, templos vivos que deben ser mas santos que los templos materiales; han sido purificados con el agua del Bautismo, sellados con el sello de Dios, que ha grabado su ley en nuestro corazón, ungidos con la unción del Espíritu Santo en los Sacramentos, iluminados con las luces del Evangelio para que jamás hagamos las obras de las tinieblas, y finalmente bendecidos, pues el Señor los ha libertado de las vergonzosas cadenas de las pasiones y les promete la inmortalidad gloriosa. De aquí procede el que se muestre tan celoso de la santidad de estos templos vivos: *Perderé, dice, al que viole mi templo, y mi templo eres tú.*

La dedicación de nuestras iglesias no solamente nos recuerda que somos el templo de Dios, sino también que somos sus arquitectos y custodios. Bajo este doble título debemos hacer por nuestro templo vivo lo que se verifica respecto de los templos materiales; debemos edificarlo con la fe, la esperanza, la caridad y las virtudes cristianas, que labran en cierto modo las piedras del edificio; debemos adornarlo, colocar en él un altar y ofrecer sacrificios, y debemos abrir y cerrar este templo en los momentos oportunos, limpiarlo, restaurarlo y conservarlo siempre en un estado conveniente á la santa majestad del Dios que en él reside. ¿Lo hacemos? ¡Oh baldón! cuántos hombres hay que cuidan mas del pesebre de sus animales que del templo de su alma!

III. Razones de ir á la iglesia. — Hombres, cualesquiera que seais, templos vivos del Dios tres veces santo, ¿queréis conservar eternamente sin mancha, ó purificar pronto este augusto santuario? Id con frecuencia al templo santo; os compadezco si no vais, pues el hijo que abandona la casa paterna no es buen hijo, y nunca será buen hermano, buen esposo, buen padre, ni buen ciudadano. Justos, no teneis asilo mas seguro ni mas sagrado que el templo del Altísimo; si os alejais de este lugar sagrado, si vuestras miradas se desvian de los objetos del cielo para dirigir las á las vanidades del mundo, pronto arrastrará vuestra alma el torrente de la costumbre; débiles tallos, os troncharéis; columnas separadas del edificio del santuario, no podréis sosteneros solas y caeréis á pedazos, aplastadas por vuestra caída; si, justos, si os alejais de la Iglesia seréis tentados, y prevalecerá el enemigo. La onda mas pura pierde su transparencia, pues el

⁴ Véase Pontifical romano y Espíritu de las Ceremonias.

paso de un insecto la enturbia, y el soplo del viento la agita y arruga su superficie : vuestro corazon es la imágen de esta onda.

Si el templo del Señor es para el justo un lugar de oracion y consuelo, para el pecador arrepentido es un lugar de luz y de paz, donde fué regenerado á la vida, donde fué declarado hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero del cielo por la gracia del Bautismo, donde ha renunciado al siglo y á sus pompas, y no puede ocultarse que falta sin cesar á sus obligaciones y que ya no habita en él el Espíritu Santo. En un lado ve los tribunales sagrados, donde conmovido con las exhortaciones patéticas de un director celoso ha prometido cien veces á Dios cambiar de vida y mortificar sus inclinaciones; sus ojos se dirigen en otro lado hácia el altar donde sustentaba en otro tiempo su alma con el cuerpo y la sangre adorable de Jesucristo, que espiró en la cruz para libertarle de la esclavitud del pecado y de la tiranía del ángel rebelde; mas allá se encuentra el púlpito donde no se ha cesado de partir el pan de la palabra evangélica y de distribuirlo á las almas fieles, donde pastores llenos de la ley de Dios y de la ciencia de la salvacion combaten los desórdenes de su vida descubriéndole sus terribles consecuencias.

¿Qué mas podemos decir? Sobre las losas santas está prosternada un alma piadosa, un hombre virtuoso, un verdadero cristiano cuya piedad le condena, cuyos ejemplos le confunden; él mismo, al andar sobre la ceniza de sus antepasados, siente que los deshonra con el oprobio de su vida, y desde el fondo de sus sepulcros, que parecen entreabrirse, sus padres le reprenden su impiedad y sus extravíos. Finalmente, la muerte sale con estruendo de las entrañas de la tierra, arrastrando en pos ataúdes, huesos y despojos manchados de sangre y polvo, y se presenta á sus ojos bajo la figura de un espectro espantoso, abriendo delante de él la huesa que pronto ha de recibirle. Todo el templo le acusa, en fin, y le habla de su ingratitude y de los beneficios de Dios. El temor de los castigos, unido al dolor de haber ultrajado á Dios y haber sido tanto tiempo su enemigo, no tarda en producir en el alma del pecador un principio de amor, el cual sin cesar de aumentarse apacigua los remordimientos, devuelve la paz, y es el principio de la justificacion.

Vayan, pues, los pecadores á los templos á buscar su perdon á los piés del que es la resurreccion y la vida. Grande es el mal, inveterados los hábitos, y el pozo profundo; pero Jesucristo colmará el abismo, y reinará la justicia donde habia abundado la iniquidad⁴.

Cada iglesia está dedicada bajo la invocacion de un Santo, que es un protector y un modelo que da la Iglesia á los habitantes de una parroquia, y es un lazo mas entre la Iglesia de la tierra y la del cielo.

⁴ Butler, *Dedicacion*.

Inútil es decir que los fieles deben celebrar la fiesta de su Patron con santa alegría y sincera voluntad de seguir sus pasos, pues, cualquiera que sea nuestra posicion, se hallan virtudes que imitar en la vida de cada Santo.

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberos escogido una morada entre nosotros; os pido perdon por el olvido y las irreverencias de que sois objeto en nuestras iglesias.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *imitaré en vuestras iglesias el respeto de los Angeles.*